

El viejo espíritu de los apólogos está dado ahí, como norma, como sistema de vida.

La fluencia del vivir, a la manera del río mitológico, surge también: "La vida es como un río, / líquido, transparente, de luz pleno, / que fluye y va avanzando / adelante, adelante".

*Luz oscura* es un poemario inicial, la toma de postura estética en los menesteres de la belleza y del sentir profundos. Kamala Ratnam quiebra sus primeras armas líricas. Cuando la luz comienza a existir, también empieza a nacer su sombra. Y en estos poemas hay luces logradas, oscuridades rebeldes, producidas, quizás, por una falta de oficio.

Pero no olvidemos que los poetas necesitan disparar sus hondas, en busca de un blanco rendido. Son necesarios los tanteos, hasta producir el verso que justifica una existencia entera.

V. M.

<https://doi.org/10.29393/At406-122TAVM10122>

*Tiempo ardiente*, de MATÍAS RAFIDE. Editorial Murillo. Madrid, 1964.

Dicen los filósofos que el tiempo es memoria y duración. Vivimos libres y prisioneros entre los enrejados temporales. Pero los días y las horas no son realidades tangibles. Para recoger su trágica o inefable esencia, es preciso valorar la situación poética de unas oscilaciones mínimas, tal vez inscritas en los relojes del alma y de la eternidad.

Matías Rafide ha publicado un libro de poemas. Su título, *Tiempo ardiente*, alusión a soterradas vivencias de la vida y de la muerte, del amor y de las pulsaciones que pueden captarse en la curva de un río, en el viento, quién sabe si en las cosas, menudas en apariencia, pero todas ellas con sus voces intransferibles.

Abundan las figuras literarias, las metáforas sugeridas, un ritmo vital.

Dice el poeta: "Mis islas van por el río, / en las noches disparan su arco breve / leves sombras de barcos fantasmales", "el viento es sólo un pájaro en la sombra".

El viento puede ser una "lenta muerte", "una lluvia de sangre, un hueco de silencio". Véanse ahí, encerradas, ciertas facetas del vivir, de una existencia "ardiente sombra sobre el río", evasión imposible, soporte de un dinamismo, que se centra en las imágenes de una gacela o del sámmun.

Bien dosificada la fluencia del soneto titulado *Eternidad*.

El primer cuarteto desata la intensidad del tema lírico: "Qué furiosa tristeza, hondo río, / arrastra ebrio volcán en su tortura. / Ciega carne en loca quemadura / devora tristes huesos con su brío".

También muestra fina estructura el dedicado a la ciudad de Toledo. Se proyecta más allá de la simple visión impresionista. Destacamos las sobrias pinceladas que sugieren: "Tajo de luz, cintura acongojada. / Arco celeste en noche fugitiva. / Ardiente sombra en agua sucesiva / escalando los puentes desolada. / La tarde se despeña caudalosa / entre los cigarrales. Hondo vuelo / adelgaza la nieve en la ribera".

*Los muertos no fingen la rosa* inicia un vuelo de alusiones indirectas. ¿Acaso Matías Rafide ensaya nuevos rumbos?

Entre las parcelas íntimas del ser humano, "el viento es una isla quebrantada", la angustia sabe de silencios, la soledad es "una isla perdida" y "algún río de amor sangra hacia la nada".

*Soneto a mi hijo* es un poema de la tristeza profunda y contenida. Se completa con una elegía que recuerda los trémolos de Garcilaso.

Breve y fina acuarela la composición *Navidad*. El tema de la muerte discurre por las estrofas de *Tiempo ardiente*.

Frente a la imagen del río que busca su renacer en los mares del morir, el poeta murmura: "La muerte es un río abandonado / en el hondo meridiano de tus huesos".

Sí, la muerte es algo inevitable que le adviene a la vida. El viejo misterio de Eleusis ennobleció esa realidad, que acompaña los pasos de la criatura humana.

El poeta, cuando siente el golpe de su sangre, entiende, al mismo tiempo, que hasta en lo irremediable hay poesía. Así, el poema final del libro, *Viernes Santo*, cuyas más valiosas secuencias dicen: "Tus ojos son dos lirios fugitivos, / hoja amarilla sobre el polvo. / El dolor es una espada desnuda / sobre tu cuerpo macilento. / La muerte es un río abandonado / en el hondo meridiano de tus huesos".

Entre las fronteras del trovar romántico y del realismo, hay borbotones de poesía. En esa zona trabaja ahora el poeta Rafide.

V. M.

*Sueldo Vital*, de CARLOS LEÓN. Prólogo de Claudio Solar. Zig-Zag, 1964.

Esta novela viene precedida de un prólogo que llama la atención por diversos aspectos, reveladores no tan sólo de la condición personal e intelectual de su autor como de algunas características de cierto sector de la crítica nacional.

En el mencionado prólogo se dan la mano aciertos y vulgaridades del más diverso género. Entre otros nos parece positivo el intento del crítico de situar la novela en la perspectiva de las anteriores obras de Carlos León: una trilogía cuyo ciclo cerraría precisamente *Sueldo Vital*.

Pero lo que no nos parece de manera alguna acertado es cierta predilección del prologuista por referencias de tipo filosófico que, mal asimiladas, convierten su manejo en un artificio grotesco y de dudoso gusto que desorientan al lector, cuando no revelan la frivolidad del autor de adentrarse, con paso débil e inseguro, por tan abstrusos caminos.

Por ejemplo, cuando Claudio Solar alude a los personajes de la obra lo hace en los siguientes términos: "Ninguno deja de ser lo que es. Obedecen a lo fenomenológico: en esto la actitud de los personajes de Carlos León nos recuerda a Husserl: están orientados no a un "debe ser", sino a un "ser". Lo mismo pudiera decirse del lenguaje, a veces un tanto violento: es "funcio-